

No aceptar jamás una discusión á que te provoca un amigo de mal humor.

No disputar en presencia de gente que te vea por primera vez.

No empeñarte en una discusión ardiente con quien es mucho más viejo ó mucho más joven que tú.

No disputar sobre una obra de arte con quien la ha hecho.

No disputar con el amigo, en presencia de una señora á quien quiera gustar.

Evita las disputas con amigos en tu casa.

No discutas sobre la inmortalidad del alma después de la comida.

Y en toda discusión, ten presente estas tres PPP: perdonar, ponderar, poner á prueba la paciencia.



## A TRAVÉS DEL MUNDO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO PÉREZ"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

## A TRAVÉS DEL MUNDO

---



EMOS hablado hasta ahora de *nuestra* amistad.

Pero sobre la naturaleza y la forma de la amistad, pueden tan fuertemente la cultura intelectual, la educación, la profesión, el modo de vida, y el mundo en que se vive que casi puede decirse que cada clase social, cada orden de personas tiene una amistad propia.

La nuestra es tal vez la peor, y la mejor es, quizá, la de la gente sencilla é ignorante.

Nosotros nos escudriñamos, nos atormentamos demasiado los unos á los otros; y esto no es amistad como el razonamiento no es poesía.

Hacemos subir el corazón al cráneo y bajar el cerebro al puesto del corazón: matamos la amistad para ver cómo está hecha.

Veamos los campesinos.

En muchos pueblos no tienen siquiera la amistad, y no la dicen jamás.

Entre amigos no se analizan, no se miran casi á la cara; no cambian juicio uno sobre otro, sino cuando interviene un hecho grave; no conocen las infinitas pequeñas torturas que nosotros nos infligimos unos á otros y que vuelven áspero nuestro corazón.

El placer de conversar entre ellos, de repetirse mil veces la misma cosa con las mismas palabras, no está casi nunca turbado por un disentiimiento de ideas.

Recaban de la amistad ménos placer que nosotros, pero también ménos amarguras. O no son amigos, ó son amigos tranquilos é iguales.

No se fatigan recíprocamente el corazón y la cabeza como nosotros hacemos: reposan, duermen, por así decirlo, en la amistad.

Veamos los obreros de la ciudad, los jóvenes principalmente: son amigos sin refinaciones; pero hay en su amistad cierto rudo sentimiento caballeresco que es muy raro en nuestras amistades de gente educada.

Casi siempre, en las disputas, el uno considera como hechas á sí las injurias hechas al amigo; se sostienen ciegamente, se convierten en paladines jurados uno de otro, se defienden recíprocamente, ab

primer impulso, muchas veces con riesgo de la piel, sin creer que hagan una acción de amigos heroicos, por puro deber de camarada, por cierto sentimiento que tiene de la amistad, sencillo y generoso en su tudeza, no refrenado por la reflexión.

Veamos los soldados: aquellos quintos de una misma provincia, pobres y analfabetas que se encuentran en una gran ciudad nueva, en el mismo regimiento y en la misma compañía, aturdidos por la nueva vida y por el nuevo mundo en que han sido arrojados como de un empujon.

Se buscan y están juntos en todos los momentos libres, la mayor parte de las veces sin hablar.

El domingo dan un largo paseo silenciosos por las afueras de la ciudad; no tienen ninguna idea que cambiarse; por la noche miran juntos desde la ventana, fantaseando las grandes calles de la ciudad que se ilumina.

Y cuando uno está en el hospital, el otro gasta sus dos sueldos de paga para llevarle dos naranjas.

No se hacen protestas de amistad, no se llaman, ni siquiera saben que son amigos. Sin embargo, son mucho más verdaderos y buenos amigos que nosotros, para quienes la amistad es un pensamiento, un trabajo del corazón y un objeto de conversación continuo.

\*  
\* \*

Pero para nosotros ¿qué es?

También en las clases llamadas cultas hay gran número de personas, en la vida de las cuales la amistad no tiene más que poca ó ninguna parte.

No la tiene desde luego en el corazón de toda esa juventud devorada por la ambición, no por la gloria pero sí por el poderío del lustre social, fervorosamente ardiente de llegar pronto, la cual desde los bancos de la escuela, converge meditadamente todos sus esfuerzos y lo hace servir todo á un mismo fin, poniendo la "carrera" por encima de todos sus ideales y los afectos, bajo todo lo demás.

No tienen siquiera idea de la amistad los avaros, al ménos durante el período agudo de su fiebre (pasado el cual y conseguida la riqueza, algunos vuelven al sentimiento de los afectos tiernos), sea porque el furor de enriquecerse destruye toda delicadeza del corazón, sea porque la pasión del dinero, hace al hombre presa de las peores pasiones humanas y

lo presenta bajo un solo aspecto que no puede inspirar más que aversión y desprecio; y los avaros efectivamente desprecian á los hombres.

No hace gran caso de la amistad la juventud elegante y galante, porque las mujeres absorben sus sentimientos y todo su corazón y la rivalidad en la galantería es la que divide más profundamente á los hombres; no somos amigos, como dice Leopoldi, más que hasta los dineros y las mujeres.

No busca y no cultiva la amistad, aquel gran número de hombres, para los cuales la vida es un problema fatigoso y difícil de cada día, que ocupa todos sus pensamientos y les hace tocar con la mano continuamente la dureza y el egoísmo de los propios semejantes.

Tampoco existe la amistad para aquella gente que la enfermedad ó una tristeza natural invencible condena á la soledad; como para los muchos que viven recogidos y casi suspendidos por encima del mundo como la barquilla de un globo aerostático inmóvil, en el amor maniático de un arte ó de una ciencia que llena toda su existencia; como para una multitud innumerable de bribones sin alma y sin corazón.

Y en fin, hay una clase de hombres que no saben que cosa sea la amistad, porque no tienen

tiempo de pensar en ella; hombres que no viven un momento fuera de los propios negocios y de la propia familia; que estrechan la mano á un amigo, á mucho tirar, una vez al mes, en medio de la calle, mirando al reloj, para los cuales la amistad es una especie de lujo del corazón, bueno para los célibes desocupados, para los estudiantes y para la gente que se divierte; una cosa extraña y lejana confinada entre los recuerdos de su primera juventud junto con los de la poesía y del amor.

A todos estos, un libro sobre los amigos debe hacer el mismo efecto que un libro sobre los seletitas.

¿Los amigos? ¿Cuáles? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué se puede decir de ellos?

\*  
\* \*

Fuera de estos, también, hay ciertos órdenes de personas que tienen verdaderamente una tendencia particular á la amistad, ó mejor dicho á ciertas formas de la amistad, diversas entre ellos, á no ser por un fondo comun de superficialidad y fragilidad.

Por ejemplo, todos los que viven en condiciones iguales, sujetos á una misma disciplina y á ciertos superiores comunes: estudiantes, empleados, oficiales.

El tener que quejarse de las mismas cosas, de morder y destrozar á los mismos superiores, es lazo fortísimo.

Una gran parte de los malhumores desfogados contra quien está por encima, hace más fácil la buena armonía entre colegas; además que al verse con frecuencia sin poderse hablar, contribuye en mucho á tener viva la amistad.

Las amistades entre oficiales son tal vez las más

alegres y las más placenteras de todas, precisamente porque su disciplina es más estrecha y los superiores más duros.

Los artistas, por el sentimiento poético que tienen de la vida y por aquella infinita fuente de conversación que tienen comun, son muy inclinados á la amistad entre ellos; son tal vez la clase en que se encuentra mayor número de parejas de amigos que goza verdaderamente los placeres de la amistad.

Pero existe el gran peligro de los celos.

Para ser buenos amigos, es preciso que profesen artes distintas; escultores y pintores, por ejemplo; ó al menos géneros diversos pintores de figura y pintores de paisaje.

Es difícilísima la amistad entre paisajistas; más difícil entre poetas; más fácil entre un poeta y un novelista, siempre que el poeta no escriba poemas narrativos.

Son buenos amigos entre sí por lo general, todos los que trabajan mucho, con pasión y con provecho y que tienen poco tiempo para dedicarse unos á otros, porque en aquel breve tiempo se encuentran casi siempre en un estado de ánimo favorable para la amistad, satisfechos del trabajo propio, vibrantes, fecundos, ajenos á los contrastes; y despues que se han dejado se olvidan uno á otro, no tienen tiempo para

volverse á acordar de los discursos oídos, ni para hacer la anatomía del amigo visto.

El ócio es el peor enemigo de la amistad.

Son aficionados, generalmente, á la amistad, los "hombres de ingenio" los habladores agudos y brillantes, que fundan sobre esta cualidad todo su orgullo; porque en medio de los amigos encuentran su satisfacción más viva y ménos contrastada; hay muchos celosos entre ellos, porque se sirven de estímulo unos á otros: se encuentran infelices cuando deben faltar una tarde á la tertulia, como artistas obligados á faltar la noche de su beneficio; y muchos, nacidos para hacer grandes cosas, pagados por aquel pequeño triunfo que reportan cada día en medio de los amigos no levantan más alto su ambición y no hacen nada de bueno en toda su vida.

Sostienen la amistad y son amigos, no profundos, pero fáciles en compensación y casi siempre contentos (cuando se encuentran juntos en edad madura y han renunciado á las mujeres), los llamados *hombres de mundo*, ó mejor *del buen mundo*, precisamente porque no tienen necesidad del amigo, sino de los amigos; á los cuales no piden más que cortesía, y saben conseguir aun de los conocimientos superficiales, ciertas satisfacciones que suelen dar á veces las amistades in-

timas, y jamás se disgustan de la amistad, porque jamás reciben desengaños, porque conociendo á los hombres, no ponen jamás á prueba la amistad.

\*  
\* \*

Tienen el sentimiento vivo de ella, pero á su manera, los bebedores y todos los gastrónomos, cuando son razonables y están sanos; porque la amistad es el condimento indispensable de su vicio, y una vez trabada amistad, se consideran unos á otros y es raro que se separen, sea porque en la pasión común se recomponen fácilmente los ánimos después de la lid, sea porque saben todos por experiencia que es difícil encontrar su sucesor á un buen amigo de mesa, en el cual se requiere cierta medida en el vicio, cierto grado de libertad, y determinada filosofía.

Son fáciles para la amistad entre ellos casi todos los hombres que dan que hablar mucho de sí, y que tienen sobre ellos los ojos del público; no tanto por efecto de simpatía recíproca, porque en casi todos los hombres célebres la guerra feroz de los individuos acaba por paralizarles poco ó mucho las fibras afectuosas del corazón; sino porque en su amistad, toman

lustre unos de otros y esconden los celos recíprocos y esperan confundir así en un solo ejército defensor á sus devotos.

Muchas amistades inalteradas y sólidas, pero de una naturaleza especial, que se podría llamar "amistad del cerebro" se encuentran entre la gente que aun no teniendo ingenio extraordinario, tiene el hábito de pensar y de razonar, y originalidad de ideas y curiosidad intelectual viva y continúa; entre estos, el razonamiento tranquilo, el comercio de pensamientos, el trabajo mental hecho en comun, basta á alimentar la amistad, sin que intervenga el sentimiento; se encuentra especialmente entre los cultivadores oscuros y apasionados de ciertas ciencias, entre los bibliomanos, entre los estudiosos solitarios de idiomas, entre enciclopedistas de afición, numerosos en las grandes ciudades.

Tienen la amistad fácil entre ellos, los hombres de corazón frío, una amistad fría, ya se comprende, pero duradera; porque precisamente pretenden poquísimos unos de otros y no tienen entre sí, aquellas grandes razones de contrastes y de sinsabores que es la diferencia de los afectos: además que se comprenden pronto unos á otros al primer encuentro, mucho más profundamente que las naturalezas afectuosas, y no tienen necesidad, como éstos, de poner

se á prueba para ver si el fondo de sus caracteres corresponde á las apariencias.

Se encuentran tambien muchas amistades tranquilas é iguales en cierta categoría indefinible de personas oscuras, mediócras, humildes, tímidas que se mueven en la sociedad con la punta de los piés, con cuidado, apretándose para ocupar poco puesto, privados de ideas y de pasiones, limitadas á sus pequeños afectos y á sus insignificantes placeres; amistades modestas como ellos, sin rivalidad, sin impaciencia, sin sacudidas, que se festejan una vez á la semana con una taza de café ó con un paseo por el campo, y no recuerdan en diez años más que un enfriamiento de dos ó tres días, por una discusion sobre la hora, ó el mal humor de una tarde por una partida de dominó dejada á la mitad.

Amistades de infusorios sociales.



\*  
\* \*

Pero el mundo moral es infinito y nosotros no vemos más que muy confusamente todo lo que está más allá de los confines de nuestro *sistema*.

¿Quién sabe lo que será la amistad entre los hombres en el fondo de aquellos abismos de oprobio y de desventura, á los cuales nos asomamos apenas con el pensamiento, horrorizados?

Quisiéramos ver cómo nace este sentimiento, qué pensamientos inspira, qué palabras dicta entre ciertos monstruos de maldad que se afeccionan uno á otro, á su manera, en la abyeccion de los calabozos y las cuadras del presidio; entre ciertas víctimas de la injusticia humana, relegadas del mundo, á las cuales no resta otro consuelo sobre la tierra que la estimacion ó la benevolencia de un hombre; entre aquellos prisioneros de Estado que languidecen durante quince años en dos calabozos vecinos, hablándose desde las ventanas y escribiéndose con sangre, que vuelven juntos á la libertad y á la fa-

milia; entre ciertas personas caídas desde la riqueza en la miseria, que se ganan el pan, una junto á otra, con un trabajo de ilota, á diez mil leguas de la patria, sólo, enfermos, despreciados, sin el consuelo siquiera de una esperanza; entre ciertos hombres que se encuentran juntos en medio de los horrores de un naufragio y permanecen durante dos días frente á frente, locos de terror, aferrados á la misma tabla, en la soledad inmensa del mar; entre ciertos viejos.... entre dos viejos, decrepitos, ciegos, reducidos á forma apenas humana, que he visto durante muchos meses desde la ventana de una quinta, allá abajo en el jardín del Hospicio de los pobres, sentados todos los días sobre el mismo banco, al sol, apartados de los demás é inmóviles, durante horas y horas, con los codos sobre las rodillas y las cabezas juntas, dos pobres sacos de huesos, animados sólo por una chispa y sumergidos en una oscuridad inmensa y eterna, despues de una larguísima vida de miseria....

¿Será amistad la que les tiene juntos? ¿La habrán expresado alguna vez? ¿Quién sabe!

Tal vez ninguno de los dos ha pronunciado jamás en su vida aquella palabra y son amigos más sinceros que Schiller y Goethe.

\*  
\* \*

Pero una de las más singulares condiciones en que se pueda encontrar un hombre respecto á la amistad me parece aquella en que se encuentran los reyes.

Y tambien la condicion en que se encuentran los médicos.

Los reyes están en la peor y los médicos en la mejor condicion de todos.

¿Qué amigos pueden tener los reyes, cuando no existe amistad verdadera sin libertad y sin igualdad?

¿Qué podrán ser sus amistades, sin eleccion, sin *tú*, sin reciprocidad ni confianza?

¿Con qué amigos pueden desahogar sus disgustos de familia?

¿Cómo pueden estar seguros de la verdad de la risa, cuando dicen una broma, ó de la sinceridad de la aprobacion, cuando hablan?

¡Qué cosa más extraña no haber sentido nunca sobre el hombro la mano de un amigo, no haber

sido nunca el objeto de una burla, no haber recibido jamás una carta llena de bromas, no haber dado jamás cuatro pasos por la calle cogidos del brazo de un compañero, no poder buscar al amigo á quien se quiere; no haber oido, no poder oir jamás, en la vida, la voz de un hombre que les diga:

—¿Cómo vá, amigo mío?

Los médicos por el contrario; son respecto á la amistad los hombres más afortunados del mundo; entran en nuestras casas, aun la primera vez, como amigos antiguos; todos confiamos á ellos algun secreto; los esperamos como ángeles salvadores; interrogamos su rostro como á un oráculo; les encontramos, por poco que lo sean, extraordinariamente amables y buenos; nos inclinamos á atribuir á su ciencia aun los beneficios que debemos solamente á la naturaleza, porque el creer que un hombre nos ha salvado la vida, nos dá un concepto consolador del poder humano y nos hace mirar con corazon más seguro los peligros del porvenir; profesamos por ellos, aun cuando sean coetáneos nuestros un respeto particular que la gratitud cambia fácilmente en reverencia; les colocamos naturalmente por encima de nosotros, revelándoles nuestros vicios, nuestra pusilanimidad, nuestros dolores, nues-

tras miserias; aceptamos humildemente sus reproches, soportamos con paciencia sus durezas, buscamos de todos modos conservar su afecto, y cuando nos han curado una vez, lanzamos su nombre á los cuatro envitos y decantamos su ciencia en todos los tonos con un ardor de gratitud que no expresamos por ningun otro beneficio, aun más positivo, recibido de otro amigo, aun cuando sea cien veces más amigo.

Y en efecto, creemos firmemente que no reune ninguna otra clase de persona tantas amistades afectuosas y sólidas como los viejos médicos reúnen entre sus clientes antiguos.

Pero todo bien considerado, la clase que dá mejores parejas de amigos, es sin duda la de los jóvenes de veinte años, buenos, libres, calaveras, sin un cuidado en la cabeza, ni un céntimo en el bolsillo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO



## ÍNDICE

El reverso de la medalla.....	3
Cómo nacen las amistades.....	25
Cómo se rompen.....	61
En el campo.....	103
La maledicencia.....	117
El último saludo.....	193
Las discusiones.....	221
A través del mundo.....	273





F  
A  
V